

La cascada de Basaseachi

Víctor Orozco

Maestro Emérito de la UACJ y
Miembro de la Academia Mexicana de la Historia
ORCID: 0000-0002-6178-0173

EN MIS TIEMPOS DE LA INFANCIA, TRANSCURRIDOS EN EL PUEBLO de Pascual Orozco, la cascada de Basaseachi era una especie de leyenda. No eran muchos los que la habían visitado, aunque algunos arrieros sobrevivientes de un oficio milenario, en el cual se habían ocupado casi todos los ancestros del pueblo, platicaban de ella con entusiasmo. Y no se conocía, porque la única forma de llegar era a lomo de mula en fatigosas jornadas. Sin embargo, las recuas antaño omnipresentes y que apenas alcancé a conocer, casi habían desaparecido. Viajantes y mercancías se desplazaban en el ferrocarril y en camiones o unos pocos en automóviles de pasajeros.

Leí por entonces al doctor Encarnación Brondo Wihtt, médico avecindado desde principios del siglo XX en Ciudad Guerrero, la antigua Villa de la Concepción y más antes pueblo de Papigochi, habitado por rarámuris, expulsados poco a poco hacia las barrancas de la sierra. Era médico, pero su pasión no era tanto la ciencia de la curación de enfermos, como los relatos, los viajes y las aventuras. En una de estas por cierto, se incorporó a la brigada sanitaria de la División del Norte, a cuyas resultas publicó un sabroso libro con sus impresiones de las campañas militares. En ejercicio de estas artes que le animaban, visitó la famosa cascada y nos brindó algunas crónicas. Brondo viajó por los años veintes y treintas, cuando en la región ardían todavía rescoldos del intenso fuego que abrasó a los lugareños durante la revolución. De allí que sus narraciones estén salpicadas de alusiones a la lucha armada y más lejos aún, aunque menos frecuente a episodios de la guerra librada entre apaches y mexicanos.

En San Isidro vivía a mediados del siglo, ya sesentón, Luis Mendoza, quien había sido mulero del doctor Brondo y acompañante en sus viajes a la Tarahumara. Le apodaban “El Necio” porque un domingo sí y otro también se emborrachaba y





atosigaba con impertinencias a quien encontraba en la cantina o en la calle. Entre otras suertes, tuve la de que El Necio trabajaba con mi papá, encargado de dar pastura a los caballos, vacas y cerdos. En medio de estas actividades, que no apuraba demasiado, sino más bien ejecutaba con notoria cachaza, hablaba de sus andanzas de juventud en la sierra. Me reía mucho de sus órdenes a las vacas como si fueran personas, sobre todo cuando andaba medio zumbó: “pos arrímate pendeja y tú tampoco seas abusona...Es que esta josca es muy cabrona y la pinta muy bruta”, me explicaba. En alguna ocasión, mi padre me ensilló un caballo tordillo muy manso, que lo mismo servía para el tiro que para montarlo y así acompañé a Luis a buscar unas reses perdidas en el Arroyo de las Vigas y en el Peñasco, montes

relativamente cercanos al pueblo. Muy al paso de las bestias, tuvo horas para explayarse, desde el amanecer hasta la noche y contarme su vida de arriero, muy dura y cansada me enfatizaba, aunque a leguas se advertía que con gusto regresaría a esos días, si en sus manos estuviera.

“Nombre, Víctor, la cascada de Basaseachi es algo tan bonito que no me cansaba de verla, mientras el doctor Brondo tomaba una fotografía y apuntaba en su cuaderno. A mero abajo, el agua se vuelve brisita y te moja a lo lejos”. Le agregaba y le exageraba a sus relatos todo cuanto podía, dejando al chavalo preguntón de doce o trece años pasmado y con ganas de subir y bajar las altas cuestras y barrancas de la Tarahumara, pero sobre todo de mirar la cascada de Basaseachi. Volvimos cansados ya tarde,



por cierto sin rastro alguno de las vacas extraviadas, que tal vez estaban ya convertidas en cecinas o en algún corral de los abigeos, quienes todavía hacían de las suyas en esos años.

No había leído y ni siquiera sabía que existía el libro de Carl Lumholtz, el naturalista noruego, quien según me enteré después, fue el primero en describir la cascada, en una época bastante tardía, durante la década de 1890-1900. Recogió el dato de un ingeniero minero de Pinos Altos, quien calculó la altura en 980 pies, aunque hoy se sabe que tiene 249 metros. Acostumbrado a las crestas de su nativa Escandinavia, Lumholtz narra que bajó a grandes trancos la empinada cuesta, llenando sus pulmones del aire límpido de las montañas y también su espíritu. El cuadro que nos

ofreció en “El México Desconocido” es muy bello:

Llegué a su cima justo cuando los últimos rayos del sol poniente doraban los picos de las montañas a su alrededor. El paisaje era hermoso más allá de toda descripción. Arriba y alrededor se elevaban los viejos, silenciosos y solemnes pinos, mientras el abismo en el fondo estaba bañado por un resplandor púrpura. A mitad del camino el agua se convierte en espuma y llega al fondo tan silenciosamente como un chaparrón vespertino, pero a medida que se recupera forma numerosos remolinos y rápidos, corriendo a través del estrecho desfiladero con un rugido incesante.

Después de Lumholtz, pocos hablaron de Basaseachi. Por mi parte,



me trasladé a la ciudad de Chihuahua en 1959 para iniciar la secundaria, con la espina de no conocer la cascada. Falleció mi padre en 1960 y la posibilidad se alejó bastante. Sin embargo, en 1969, apenas egresado de la escuela de Derecho, le propuse a mi hermano Efraín que hiciéramos el viaje. Ya no era a lomo de mula, pero sí en una troca que aguantara los caminos de trocha empleados por los camiones madereros, en algunos tramos casi iguales a las veredas.

La senda de entrada era bastante más al norte, pasando por Matachic, es decir por la parte alta del arroyo de Candameña cuyas aguas son las que se precipitan en las altísimas paredes verticales de la barranca. Caminamos todo el día desde San Isidro, acompañados de Manuel González un tractorista del pueblo. Llegamos a un paraje cercano al borde de la torrente y allí hicimos campo. A la mañana siguiente, comenzamos la bajada, previendo alcanzar un mirador-ventana a la mitad del colosal peñasco. El chorro de agua sale expelido del angosto y profundo cauce labrado en la peña, como si fuera de un tubo y se agranda de inmediato. Más aún en tiempo de las crecidas. Resolvimos descender hasta la tinaja formada al pie de la cascada y constaté allí la versión de Luis Mendoza sobre la agradable brisa sentida en el rostro. De similar manera escribió el antropólogo noruego, llamándola *spray*.

Un buen rato disfrutamos el escenario y comenzamos la subida em-

papados. Prácticamente no había un sendero abierto e íbamos escalando como podíamos. Había tenido una experiencia similar tres años antes con dos amigos estudiantes, Luis Nava y Carlos Pallán, en el descenso y subida de la barranca de la Sinforosa. Así que no me arredré, aunque en ocasiones me faltaba el aire, pue si bien era bastante sano, nunca fui precisamente un atleta. Tardamos algunas horas en tocar el lugar donde habíamos encargado la troca, en el caserío de Basaseachi, donde recuerdo, nos proveímos de una buena porción de carne seca. Llegamos a San Isidro sin novedad a la media noche.

Menciono todos estos antecedentes y contextos para llegar al punto: el domingo pasado, ya no con 23 años, sino con 78, y estando casi en la misma casa, empezaba a clarear y me asaltó un pensamiento: ¿Qué tal si no vuelvo a ver la cascada de Basaseachi? Sin razonar más, enrumbé hacia Ciudad Guerrero y luego a Tomochi, escenario del episodio más sangriento del porfiriato, adonde llegué cuando comenzaban las gentes a salir de sus casas. Pregunté a dos crudos que se empinaban una caguama dónde podía desayunar. Fui el primer cliente de una fonda donde una señora me sirvió el almuerzo acompañado de unas gruesas tortillas gigantes, del tamaño de un plato y de color café-rosado. ¿Quién le enseñó a cocinar estas tortillas tan sabrosas?, pregunté. Esperaba que hubieran sido su mamá o su abuela, pero la amable dueña me





contestó: “Nadie. Yo las inventé”. Pues feliz invento.

En el camino de Tomochi a Basaseachi, hay un trecho en donde apenas se alcanzan a mirar las transparentes aguas del arroyo, que corre por el fondo del cañón. Pero, si se apea uno del vehículo, bien se puede escuchar su cristalino ruido. Tal atmósfera invita a pasar allí mismo horas de disfrute y de cavilaciones.

Para arribar a la cascada hoy existen las dos rutas, ambas cómodas, en tanto que el estacionamiento para automóviles está a unos ciento cincuenta metros del espectáculo. Desde el pueblo de Basaseachi se conduce hasta el primer aparcamiento por arriba de la caída y desde allí se desciende, como lo hicimos mi hermano y yo. O bien, por la otra carretera, se maneja hasta el frente

de la cascada y si se quiere también se camina hasta la base del precipicio.

Obviamente, a estas alturas del corrido me es imposible realizar tal proeza, así que me dediqué a contemplar y gozar el paisaje como lo hizo Lumholtz hace unos ciento veinticinco años. Advertí por lo menos dos clases de turistas. Quienes llegan en algarabía, jóvenes por lo regular, se toman infinidad de *selfies* y poco observan. Parecen parvadas de pájaros que cubren el campo de repente y de igual manera vuelan. Y otros, generalmente viejos o de edad madura, van con calma, llevan cámara y se tardan en tomar las imágenes. Incluso se sientan en algún sitio, beben agua y regresan por más, más vistas, más contemplaciones y comentarios.

En mi retorno, ya en el cruce de Las Estrellas, donde se bifurcan las





carreteras que van a Hermosillo — ahora también a Guaymas— o a San Juanito, Creel, Guachochi, Guadalupe y Calvo —ahora hasta Badiraguato—, me vino la misma duda: ¿Y qué tal si ya no vuelvo a transitar por estos caminos al través de la sierra? México

y el mundo son tan anchos y tan fugaz es la vida. Y así, decido ir por San Juanito, haciendo el rodeo de unos cien kilómetros, por el mero corazón de la Alta Tarahumara. Con el corazón henchido y medio agotado, llego a mi casa pardeando la tarde.

